

## **Contra la literatura literaria**

Julià Guillamon (La Vanguardia)

Por iniciativa de Barcelona 2005, Any del llibre i la lectura, he pasado dos años trabajando en una exposición sobre el exilio literario catalán que se inauguró en el Centre de Cultura Contemporànea el pasado mes de octubre y que, a partir de diciembre, itinerará por Buenos Aires, Santiago de Chile y Ciudad de México. El proyecto me permitió entrar en contacto con personas que habían vivido la experiencia del exilio y constatar las diferentes maneras como se mantenía su memoria. En la mayoría de las exposiciones sobre la guerra y la posguerra —en las de la Fundación Pablo Iglesias, que fueron un ejemplo de lo que no queríamos hacer— exilio y memoria aparecían tratados como conceptos fosilizados y sin vida. Se planteaban situaciones dramáticas que, por saturación, acababan provocando indiferencia. En la literatura, en cambio, la experiencia del exilio comprende todos los registros. Lo dramático, en las descripciones de la huida y de la precariedad de los primeros meses. Pero también el humor y la ternura, el remordimiento y el deseo. Uno de los objetivos de *Literatures de l'exili* fue rescatar esta aventura vital, más allá de los lugares comunes.

Una de las experiencias más fantásticas fue poder entrevistar *in situ* a los supervivientes del éxodo —los niños y adolescentes de 1939— y a muchos exiliados de la segunda generación, para elaborar el reportaje periodístico que se publicó como catálogo de la exposición. En los últimos años —por influencia quizás de la televisión— se da una importancia excesiva al testimonio personal, anteponiéndolo al análisis y al estudio. El método de mi reportaje evitaba la supuesta confesión espontánea y otorgaba un papel fundamental al montaje. La entrevista en sí tenía una importancia secundaria. No se trataba de conseguir revelaciones o confesiones. En lugar de presentar la entrevista como una emanación espontánea, sincera y en consecuencia, veraz; cada pieza debía ser una radiografía del personaje en su ambiente. La operación empezaba con una exhaustiva preparación del terreno de cara a conseguir un clima de confianza. En sucesivas visitas charlábamos, en la casa, pero también por la calle (en el trabajo, frente a un antiguo domicilio o en coche por las calles de México). El contenido de la charla era solo el medio para obtener algo que se situaba más allá de las experiencias relatadas, un intangible en el que, creía yo, se concentraba la experiencia del destierro. A la hora de escribir el texto no se escondía ninguna carta y se mostraban claramente los cortes y el punto de vista subjetivo.

Un ejemplo de este método es la entrevista con el dibujante Enric Cluselles, «Nyerra», el único superviviente de los intelectuales refugiados en el castillo de Roissy-en-Brie, en la primavera de 1939. Cluselles regresó a Catalunya en el momento de la entrada de los alemanes en París, mientras que el resto de la expedición se esparcía por el mundo. Unos a la Francia libre, otros a Chile, República Dominicana y México. En el exilio, Cluselles perdió a su gran amigo de juventud, Pere Calders, con quien ya nunca restableció la relación de antes

de la guerra, cuando formaban parte del mismo grupo y flirteaban con las mismas chicas. Fueron cuñados. Pero, en México, Calders se separó y el arco de la amistad se destensó para siempre. Sesenta y cinco años después la herida seguía abierta. Como analgésico, Cluselles había creado una versión de su salida al exilio totalmente positiva. El cruce de la frontera por Prats de Molló fue como una excursión. Salir del campo de concentración, un juego de niños. En Roissy vivieron unas vacaciones. Y sólo al final lo pasaron medio mal huyendo de los alemanes. En el momento de editar la entrevista me entretuve a confrontar lo que Cluselles me había contado con cartas y relatos de época de cada uno de los episodios. De manera que el lector podía seguir las explicaciones de Cluselles e ir constatando, a través de unos documentos desgarradores, las derivas de la memoria. Esa entrevista dice más bien poco del exilio, no aporta ningún hecho substancial a lo que ya se sabía sobre Prats o sobre el París ocupado, pero explica bastantes cosas de cómo se construye el recuerdo. Roissy-en-Brie se ha convertido en un mito. Me encantó terminar la parte en la que hablaba del castillo con una información sacada del libro *Roissy-en-Brie à travers les siècles*. Después de la guerra, el jardín fue volado con cargas de dinamita y los árboles centenarios enviados a Suiza, a la casa Caran d'Ache.

Entiendo que a muchas personas les cargue el empacho de retórica que rodea la guerra civil, el exilio y la posguerra, ese abuso de *literatura literaria* que ha devaluado socialmente la memoria. Y que algunos opten por vivir al día y olvidarlo todo. La memoria es lo contrario de la fosilización pedante y de la falsificación sincera, un campo en el que se ponen a prueba todas las emociones humanas, es decir, la vida.

Publicat a *La Vanguardia* el 2 d'abril de 2006